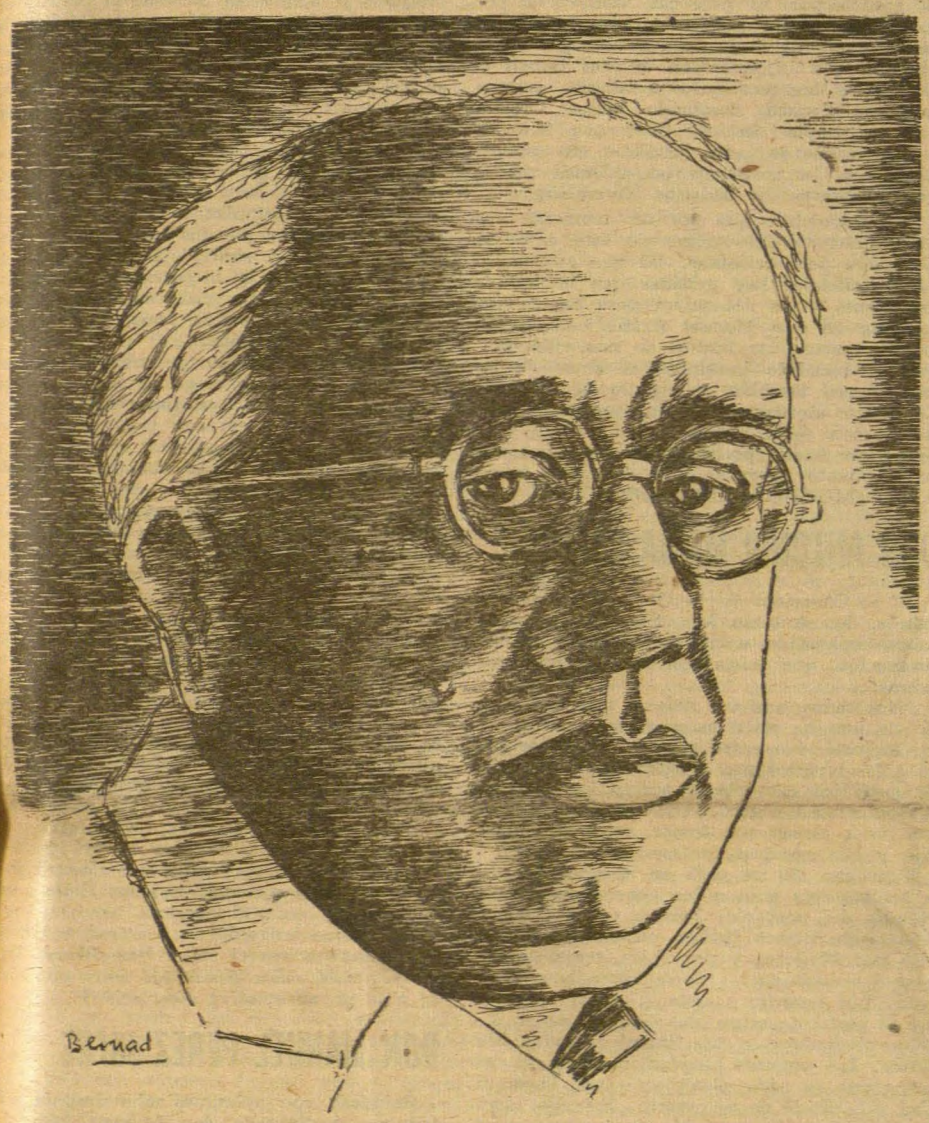
IZQUIERDA REPUBLICANA

AÑO V • MEXICO, D. F., 10 DE DICIEMBRE DE 1948 • NUMERO 45



El gran dibujante y extraordinario caricaturista *Antonio Bernard*, nuestro estimado correligionario, ha realizado expresamente para nuestro periódico este inspiradísimo retrato a pluma de don Mañuel Azaña, contribuyendo así magníficamente al homenaje rendido al eximio repúblico en el acto que para conmemorar el octavo aniversario de su fallecimiento organizó Izquierda Republicana en México, Ateneo Salmerón, y del que damos a nuestros lectores amplia información en las páginas dos y tres del presente número.

EL CERROJAZO

Por Faustino BALLVE

A PUNTO de entrar en máquinas este número de IZQUIERDA REPUBLICANA, nos trae la prensa diaria una noticia que no puede pasar sin comentario. Es el acuerdo de la Asamblea de las Naciones Unidas de suspender sus deliberaciones de París para reanudarlas en Nueva York el primero de abril próximo.

Motivos razonables de tal resolución no aparecen por ninguna parte. No se trata de unas simples vacaciones de Navidad. Tampoco puede esgrimir ninguna de las naciones-miembros cuestión alguna que la preocupe más de lo corriente en estos tiempos azarosos y que justifique un respiro de su labor internacional para resolver asuntos propios. La única explicación que puede ocurrírsele al espectador atento es ésta: las Naciones Unidas no se entienden y tratan de ganar tiempo esperando que un milagro haga lo que ellas no tienen ni la sensatez ni la gallardía de hacer. Esto huele, casi podría decirse que apesta a Sociedad de las Naciones y trae a los que hemos sido víctimas de ella, el recuerdo de aquella triste época que precedió a la segunda guerra mundial, época de discusiones bizantinas, de anarquía internacional y de patente de corso para las dictaduras.

Un notable escritor norteamericano, Sevareid, en su interesante libro NOT SO WILD A DREAM, dice que hoy en día las cosas se hacen con más ingenio que sensatez y las habilidades cuentan más que los principios. Cuando las gentes no saben cómo resolver una dificultad crean una organización. No hay que decir que la organización tampoco la resuelve sino que la empeora. Esto sucedió con la Sociedad de Naciones y, a pesar de aquella triste experiencia, se ha reincidido en el error. El problema que está planteado en el mundo desde 1918 no es un problema de organización sino un problema de principios y de conducta política, es decir: un problema de decencia y buena voluntad. Si éstas existen toda organización es inútil y una organización no las puede crear. Lo que hace es crear el malestar porque produce el escándalo y es una tribuna de demagogia.

El mundo se halla enfrentado a un gigantesco fenómeno de escapismo. En la vida pública y en la privada no se tiene más que un afán: rehuir las responsabilidades. Los particulares, sin arrestros para la lucha por la vida, declinan sus derechos en el Estado para que, a cambio de la esclavitud, les proporcione la "seguridad". Las naciones —o, mejor dicho, los gobiernos, en quienes los ciudadanos han delegado sus responsabilidades— carentes de virilidad mental y moral para atacar de frente las amargas cuestiones que les salen al paso y actuar con valor y decisión, se refugian en los tibios salones de la ONU. Pero Estado y ONU, sin principios sin propósitos que los animen, son cuerpos muertos, cáscaras vacías, verdaderos "robbots" sin materia propulsora. Son una inutilidad, un estorbo y un engaño porque fingen soluciones que no existen y entre tanto los problemas empeoran mientras la Humanidad se embebece en el espejismo.

La característica del momento presente es la anarquía disfrazada de Derecho, el desorden disfrazado de organización. Sus causas fundamentales el egoísmo de los que han de ceder y el miedo de los que han de actuar. Su consecuencia el despotismo de los osados. Su futuro el ocaso de la civilización. La salvación sólo puede traerla una revolución espiritual de los hombres y de los pueblos animados de la voluntad de vivir, decididos a recuperar la soberanía a que renunciaron y dispuestos a todos los esfuerzos y sacrificios, aun los más duros y amargos.

Hemos llegado al extremo del caos a que, como dice Guillermo Ferrero, conduce necesariamente todo período revolucionario inspirado exclusivamente, como éste, por el afán de riqueza y de poder. Es el momento de la revolución espiritual en que la Humanidad entera se ponga en marcha para la reconquista de la dignidad y el Derecho.

DIOS LOS CRIA...

YA está en España el travieso y mediocre borboncillo, nieto de su abuelo, el Fernando séptimo y pico de tan triste memoria, y que el diablo tenga en su seno.

Primer paso después del encuentro de don Juan y el Tirano. Contacto físico al que negaban importancia los formulistas defensores del Pacto. Ya verán —exclamaban— dirigiéndose a los incautos y contumaces legitimistas, como aquello no es nada. Pronto lo demostraremos, añadían. Y así ratificaban su fe creyendo sin duda debilitar la de los recalcitrantes y cándidos oponentes, incrédulos de la confirmación del vaticinio.

Mas el tiempo pasa, sin que todavía se conozcan los consocios monárquicos firmantes del convenio que nos reintegraría a España, juntos y de la mano.

Se van conociendo en cambio otras actitudes demoledoras del consorcio, y que no son precisamente de republicanos a quienes, por otra parte, no había de concederles importancia el empecinamiento pactista. Bueno es, sin embargo, que se vayan sabiendo posiciones de cuantos estaban ideológicamente más cerca del animador del famoso compromiso salvador. Ello les sitúa en el lugar que acredita y confirma vida e historia. No deja de ser bien estimable la coincidencia para quienes antes, ahora y siempre defendieran una línea que ni el tiempo ni los sucesos que se suceden aconsejan reconsiderar. Compensación aliviadora, frente a la pertinaz discrepancia de amigos y correligionarios, a quienes sí se puede conceder buena fe, no cabe, en cambio, el reconocimiento del acierto en sus orientaciones. Confiemos en que ante la realidad de cuanto se advierte de maridaje monárquico-franquista, podamos un día lograr entre los discrepantes tácticos la unidad republicana que nos permita luchar juntos y apretados por los ideales que nos son comunes.

UN VIEJO REPUBLICANO

DE LA ESPAÑA FRANQUISTA

CONTINUAN LAS TORTURAS Y LOS CASTIGOS

En los Merinales (Sevilla), hay un campo de concentración con ochocientos desgraciados (abogados, médicos, ingenieros, profesores, obreros, etc.); a todos se les hace remover diariamente cuatro metros cúbicos de tierra y aquel que por falta de fuerza no lo puede hacer no se le da nada de comer al día siguiente, aparte de las palizas que se reparten por cualquier cosa. Y como este campo de concentración hay en España una multitud de ellos. Las cárceles están completamente llenas. En la de Sevilla en la que sólo deben estar 500 presos hay más de 1.700, teniendo que dormir muchos de ellos, tanto en verano como en invierno en medio de los patios sin otra ropa que la que ellos se pueden proporcionar. La comida es un rancho inmundo que no lo comerían ni los perros y en cuanto un preso se queja de algo se le castiga con una gran paliza y se les vuelve a procesar por rebelión condenándosele a otro montón de años de presidio. Si alguien tiene la desgracia de murmurar en la calle y es oído por algún fascista o algún policía es detenido en el acto, se le lleva a la Comisaría, donde se le maltrata bárbaramente, después ingresa en la cárcel, y el pobre no vuelve a salir a la calle en muchos años.

SIN PAN EN VALENCIA

El corresponsal de la Reuter comunica desde Madrid que se han recibido noticias de Valencia un tanto alarmantes dando cuenta de la grave situación de aquella capital que se encuentra sin pan.

La escasez de triga aumenta cada día y son muchas las poblaciones importantes que están careciendo de pan. En Barcelona se está fabricando un pan correoso y negro que al comerlo produce graves trastornos. En Coruña varias comisiones de patronos y obreros han visitado al Gobernador para pedirle que vea la manera de aumentar la ración de pan, que desde hace tres meses sólo es de 100 gramos al día por persona.

LAS EMPRESAS CATALANAS EN QUIEBRA

Como consecuencia de la imposibilidad en que se encuentra la industria de curtidos para recibir las pieles que, según el convenio Franco-Perón, tenían que resolver el problema de los pequeños y grandes industriales del ramo, más de doscientas empresas se han declarado en suspensión de pagos en la población de Igualada durante los últimos tres meses.

Declararse en suspensión de pagos, equivale a dejar sin jornal a los trabajadores de la industria, puesto que mientras la empresa continúa operando los Sindicatos de Falange obligan a pagar la mayor parte de los jornales, aunque sean improductivos. Declararse en suspensión de pagos, pues, significa ahorrarse los gastos de jornales improductivos y muchas otras partidas que, sin hacerlo, vienen obligados a pagar los industriales, lo mismo si reciben primeras materias y pieles para curtir que si no pueden recibir nada.

En una situación parecida se encuentra un gran número de fábricas de tejidos, pues han empezado a declararse en suspensión de pagos varias empresas de esta industria que es la principal de Cataluña.

UN CALIDO HOMENAJE

RECORDANDO A DON MANUEL AZAÑA

EL jueves 25 de noviembre se celebró en el Centro Republicano Español el acto de homenaje al Presidente don Manuel Azaña, organizado por Izquierda Republicana en México, Ateneo Salmerón, con motivo del octavo aniversario del fallecimiento del insigne patricio y repúblico español.

La selecta concurrencia, extraordinariamente numerosa, llenaba el amplio salón del Centro y entre ella figuraban representaciones y personalidades destacadas de organismos políticos y culturales españoles.

Por primera vez, la distinguida señora Vda. de Azaña, acompañada de sus familiares, honró con su presencia el acto conmemorativo que anualmente se celebra en homenaje al Presidente Azaña.

En el estrado y alrededor del Excmo. señor Embajador de España en México y ex-Ministro de la República, don Luis Nicolau D'Olwer, que presidió, se hallaban el ex-Presidente del Consejo de Ministros don José Giral, los ex-Ministros de la República don Miguel Santaló, don Mariano Ruiz-Funes, don Félix Gordón Ordás, Presidente de Unión Republicana, y don Carlos Esplá, Presidente del Centro Republicano Español; ex-Consejero de la Generalidad y miembro del Tribunal de Garantías Constitucionales, don Antonio María Sbert; el Diputado don Manuel Pérez Jofre, Subsecretario de Justicia y Magistrado del Tribunal Supremo; el Magistrado Fiscal, don Francisco Serrano Pacheco; don Cipriano Rivas Cherif, ex-Introductor de Embajadores; el Diputado a Cortes y Presidente de la Unión de Intelectuales Españoles en México, don Honorato de Castro; el Presidente del Ateneo Ramón y Cajal, Dr. R. Márquez; el Presidente de Esquerra Republicana de Catalunya, señor Dalmau Costa; el Secretario de la Unión de Intelectuales Españoles en México, Prof. Wenceslao Roces y el periodista y directivo del Partido Republicano Federal, don Ginés de Haro, que inició el acto con su intervención. Publicamos a continuación la versión taquigráfica de las interesantes disertaciones de los oradores que tomaron parte en este homenaje.

DON GINES DE HARO

Sólo en dos ocasiones tuve la fortuna de escuchar la palabra del venerable español cuya memoria honramos públicamente en este acto —comienza diciendo don Ginés de Haro al rendir homenaje a don Manuel Azaña. Fué la primera cuando desde Barcelona me trasladé a Madrid para asistir al mitin inolvidable que todos los partidos republicanos celebraron allí, en la plaza de Toros, el 29 de septiembre de 1930. Después de aquella jornada, no volví a tener oportunidad de oír la voz autorizada del ilustre estadista hasta el 18 de julio de 1938, cuando desde el salón de sesiones del Ayuntamiento barcelonés se dirigió a los españoles con motivo de cumplirse aquel día dos años de la sublevación fascista. Pronunció entonces aquel magnífico discurso que terminó con la invocación de "paz, piedad y perdón". Era la última vez que podría escucharle.

Apenas ocho años habían transcurrido entre las dos fechas, grabadas de modo indeleble en mi memoria; pero en el transcurso de ese lapso de tiempo, la personalidad cumbre de don Manuel Azaña se había perfilado con caracteres cada día más firmes, más vigorosos y más definidos. Conocido antes de la proclamación de la República casi exclusivamente en los medios intelectuales — no hay que olvidar que su partido fué hasta entonces un grupo tan reducido como selecto de personalides destacadas— en aquellos ocho años, a través de su actuación ministerial y parlamentaria, sobre todo al discutirse la Constitución de la República y el Estatuto de Cataluña, su figura fué agigantándose en tal forma que muy pronto hubo de sustituir al señor Alcalá Zamora en la presidencia del Gobierno provisional y poco más tarde llegó a ser el presidente insustituible de todos los gobiernos genuinamente republicanos, hasta convertirse, no sólo en el ídolo de las multitudes, como se puso de manifiesto en las impresionantes concentraciones políticas de Madrid y Valencia, sino en la figura más importante de la República española. Y podemos decir con justicia que así como don Francisco Pí y Margall fué el hombre que simbolizó la primera República, don Manuel Azaña fué indiscutiblemente la personalidad política cumbre de la segunda República. ¿Quiere esto decir, que el acierto acompañara siempre la gestión política de don Manuel Azaña? Ni de él ni de nadie puede hacerse tal afirmación. La infalibilidad, si hemos de dar crédito al dogma católico, sólo al Pontífice cuando define "ex-cathedra" le está reservada. "Un político siempre fracasa —dijo el propio don Manuel Azaña—; pero importa menos fracasar que tener razón". Y no cabe duda que tuvo razón en su tarea en defensa de la República.

El Partido Republicano Federal, fiel a su historia, quisiera que en el VIII aniversario del fallecimiento de don Manuel Azaña no nos limitáramos a entonar cantos más o menos líricos en exaltación del eminente político desaparecido. Por muy justo que ello fuere —y lo es—, tenemos que pensar que no están los tiempos para gastar nuestra pólvora en salvas. Dejemos a la Historia la determinación objetiva del lugar preclaro que en las páginas de la de nuestra patria habrá de ocupar la figura excelsa de don Manuel Azaña; dediquémonos con afán y empeño a honrar su memoria en todos los actos de nuestra acción política, y, pensando en nuestra doble condición de patriotas y de republicanos para quienes la solución del problema español no puede ser otra que la República, encaminemos nuestro esfuerzo a la realización de nuestro anhelo y, sobre todo, hagamos a don Manuel Azaña el homenaje de nuestra unión, vayamos cuanto antes a la federación de los partidos republicanos.

Manos a la obra, queridos amigos, y a forjar en memoria de don Manuel Azaña la unidad auténtica, firme y definitiva de las fuerzas republicanas españolas. (APLAUSOS).

D. FRANCISCO SERRANO PACHECO

Don Francisco Serrano Pacheco, Fiscal de la República, habla a continuación, siendo acogida su presencia en la tribuna con aplausos.

Un excelente amigo mío, que no es español ni mexicano y que seguramente por ello desconoce nuestra tragedia y nuestra situación, me expresaba hace unos momentos su extrañeza por el hecho de que los republicanos españoles nos reunamos tan frecuentemente y aprovechemos cualquier circunstancia para celebrar actos de esta o de otra naturaleza. Yo me esforzaba en hacerle comprender que ello se debe a que los españoles, que sabemos de todas las amarguras y que tanto hemos aprendido en los últimos años, desconocemos por suicida y por inútil la deserción, y siempre que una fecha nos trae a la memoria el recuerdo de una gloria de España, de la República y de sus hombres, nos apresuramos a reunirnos para decirnos, a nosotros mismos y a los demás, que España está aquí, expulsada por las tierras de América, como está también en las tierras y cementerios de Europa; que España somos nosotros, porque no puede haber régimen político alguno que no tenga su origen en la soberanía popular y porque, cualesquiera que sean las contemplaciones que se tengan con Franco, aquélla no puede ser más que una situación transitoria de la que yo, como español, quisiera que la Historia guardase un piadoso recuerdo, dedicándole unas páginas, no en blanco, sino en negro, porque el negro es la negación del color.

Cuando hablamos de nosotros mismos, podremos mentir, pero no miente, no, la vida de don Manuel Azaña, que consigue, quizás por primera vez en la historia de nuestra patria, incorporar al pueblo español a la acción pública, sus discursos de Mestalla, de Comillas, de Lassesarre, hace que se desplacen de uno a otro lugar multitudes, que le oyen maravilladas y sobrecogidas, porque Azaña era un aristócrata de la oratoria. Su palabra se ceñía al tema, como se ciñe al cuerpo humano el aire que respiramos sin que nos demos cuenta de su presencia ni aún para agradecer su beneficio. Sus discursos son para leídos en silenciosas bibliotecas, y cuando un día se trate de cimentar sobre bases justas el futuro político español, en el ideario de Azaña habrán de encontrarse sagaces sugerencias, experiencias alentadoras y formas felices de gobierno.

Recuerdo su discurso del salón del Consejo de Ciento, de Barcelona, con el cual enmudeció para siempre en público la voz de Azaña; recuerdo también sus intervenciones al discutirse el proyecto de Constitución de 1931. Precisamente en estos días van a cumplirse 17 años de su promulgación; permitidme que recuerde siquiera un solo artículo: "España es una República democrática". España es y no puede ser más que una República democrática.

Bueno es recordar hoy, cuando algunos parecen sentir veleidades accidentalistas, y porque al afirmarlo, afirmamos la razón de nuestra existencia. Porque no hay nadie tan suicida que ponga en tela de juicio la legitimidad de sus propios títulos, y porque con ello no hacemos más que cumplir con nuestro deber. Cuando se cumple el deber, no hay que buscar otra razón de apoyo a la acción humana. No se hace el bien por la recompensa, ni la obra de arte por el éxito, ni el amor por el dinero, sino el bien por el bien, el arte por el arte y el amor por el amor. Yo sé que hay compatriotas que piensan que esto no es sino romanticismo inútil, porque somos pocos y débiles y fuertes y poderosas las fuerzas que están contra nuestra causa. Pero las causas no se pierden por débiles, sino por viles. Sé que estas palabras mías no han de tener resonancia fuera de este recinto, pero si pudiera hacerlas llegar a los hombres que tienen la responsabilidad del futuro de España, les diría que cuiden bien de no errar en la elección del camino, porque Roma la maestra no mereció este título, ni por poderosa, ni por fuerte ni por rica, sino por justa. Un pueblo no es grande por su potencia militar, ni por su extensión; un pueblo es grande cuando es el campo de la justicia, y el hogar de la libertad, que lo recuerden quienes tienen la obligación de recordarlo a diario, porque mientras Franco, dominado como Orestes por su propio destino, tiene que cometer nuevos crímenes para justificar sus remordimientos, le sostienen las mismas manos que levantaron los cadalsos Nuremberg.

Y perdonadme que por un momento me haya apartado del motivo de este acto. A él vuelvo para terminar. Sé que en los registros oficiales hay partidas que hablan de nacimiento y de defunción; pero en el caso concreto de don Manuel Azaña, estas partidas no marcan los límites de una vida, porque su recuerdo pertenece al amor de los suyos, pero también al orgullo de España. Lo único eternamente vivo que tiene una nación son sus muertos, y el recuerdo y la figura de Azaña permanecerá entre nosotros como aliento perdurable de la patria española. (MUCHOS APLAUSOS).

DON ANTONIO MARIA SBERT

El ex-Consejero de la Generalidad de Cataluña, don Antonio Ma. Sbert, es calurosamente aplaudido, antes de comenzar su intervención, que inicia con las siguientes palabras:

"Nos reúne una vez más el común recuerdo de uno de nuestros grandes muertos, cuyo espíritu vive entre nosotros. Es este culto a los muertos una religión, quizá la única de auténtica catolicidad, porque es común a la humanidad entera. Culto a los muertos, que unos tienen por temor, otros por idolatría y que nosotros profesamos por amor.

Provengo de un país en el que el culto a los muertos guía a las generaciones en el camino del porvenir. Porque es así pudo el talento de Blasco Ibáñez, en un breve tránsito por Mallorca y por Ibiza, trazar un vigoroso retrato de mi tierra añorada, y lo tituló "Los muertos mandan"; retrato que sería el perfil de estas islas si en él no se hubiera olvidado a la más liberal de todas, Menorca. Los muertos mandan, mandan en nosotros por su vida ejemplar o por la dignidad y la gloria de su muerte. Por ello, cuando la emigración se olvida de nuestros muertos, va sumiéndose en la indignidad, porque parece que quiere olvidar este ejemplo que nos obliga a cumplir con nuestro deber, que no es otro que el de consagrar nuestra vida al ideal por el que murieron ellos; y al tratar de olvidarlos, olvidamos también nuestro fundamental deber. Por esta razón, nos reunimos siempre que hemos de recordar a uno de nuestros grandes muertos; por ello viven entre nosotros todos: Azaña, Companys, Besteiro, y una legión de los que murieron por nuestra causa y que permanecen vivos en el recuerdo fiel de sus amigos.

Ellos nos mandan. Son nuestros héroes. El heroismo no es siempre épico. Yo aprendí de mi maestro Alomar que hay un heroismo que consiste en cultivar la semilla caída al borde de los caminos. Azaña fué un gran sembrador. Dejó una semilla fecunda que a nosotros nos corresponde hacer fructificar. En esta gran herencia de Azaña está la guía del pensamiento republicano, porque Azaña acertó a plasmar soluciones para los cuatro problemas fundamentales del nuevo Estado de la República. Los catalanes aprendimos a conocer la alta calidad de Azaña como estadista en un discurso pronunciado en una primavera llena de optimismo, allá por el año de 1930, en el Restaurant Patria, de Barcelona, discurso que apenas ha sido recordado. En este discurso, señaló el núcleo fundamental alrededor del que había de construirse el Estado republicano. Azaña buscaba una nueva forma de integración de España, partiendo del hecho cierto de que la unidad española no fué la obra de los reyes católicos, sino que quedó por hacer y correspondía a los republicanos hacerla y arraigarla en el corazón de los españoles. Era el problema de las autonomías.

Azaña abordó también la reforma militar y llevó a esa reforma su españolísima fe en la virtud del honor, en esa virtud que constituye una de las peculiares y hoy maltrechas tradiciones y, naturalmente, cuando la reforma fué aplicada a militares sin honor y a otros escasos de bizarría que la aprovecharon para descansar, la reforma fracasó porque el honor no podía afianzarla.

Azaña tenía un pensamiento, que era el nuestro, el de los republicanos y hombres liberales, de estricta justicia en cuanto al problema agrario; mas este pensamiento central de Azaña se perdió en la complejidad de los asentamientos y en la burocracia de un Instituto.

Un día dijo Azaña, para escándalo de beatas y hierofantes, que España había dejado de ser católica. Muchos no entendieron; otros se espantaron. No pudieron o no quisieron comprender que España había dejado de ser católica porque la Iglesia había perdido su propia catolicidad, había sustituido el Evangelio por el catecismo, los profetas por sacerdotes, el culto a la espiritualidad por el fanatismo de los dogmas. De este modo, la religión, en vez de religar, en vez de unir, había derivado en un culto a las reliquias y lo que fué la victoria pacífica de los perseguidos, se había convertido en la furia implacable de los perseguidores. La Iglesia, en fin, había terminado por perder su religiosidad. Por eso, España había dejado de ser católica de ese catolicismo que administra la Iglesia Apostólica Romana.

Azaña, en esta visión no superada de los cuatro grandes problemas de la vida española, nos dejó una doctrina fundamental, una conducta ejemplar y una obligación de servir los ideales por los que él, con ejemplaridad, vivió y murió. Murió por haberse visto extrañado de la patria que tanto quería; murió por haber visto derrumbados esos ideales españolísimos de honor y de fe, en las que creyó siempre.

Los muertos mandan y nosotros debemos ser fieles a nuestros muertos. Azaña vive en nosotros y porque vive entre nosotros estamos aquí. Y volverá con nosotros. Volverá entre nuestras banderas altas y enlutadas a la tierra que tuvo que abandonar, cuando franqueó, una mañana fría del mes de febrero, los Pirineos catalanes, recibiendo los últimos honores militares de los mozos de Escuadra de Cataluña. Volverá; y el cortejo en el que regrese Azaña después de la victoria, será, una vez más, la antítesis del cortejo de nuestros enemigos, de ese cortejo sangriento, precedido por los gastadores de la muerte, que llevó a través de España el cadáver no identificado de José Antonio Primo de Rivera, sembrando pueblo tras pueblo la muerte, fusilando a los republicanos en el tránsito por los pueblos de la Patria ultrajada, llevando por delante el signo de la Falange, no ya la necrolatría, sino la necrofalia, la macabra idolatría de las reliquias.

Nuestro cortejo, el cortejo triunfal en que Azaña regresará a España, llevará por delante el lema de Azaña, porque nosotros, fieles a nuestros muertos, seremos fieles a sus doctrinas, y en alto nuestras banderas enlutadas, Azaña volverá con nosotros, con nuestro lema, que era el suyo: Paz, Piedad, Perdón... (*El señor Sbert fué muy aplaudido al final de su emotiva disertación*).

DON MANUEL PEREZ JOFRE

Saludado con aplausos, sube después a la tribuna el diputado don *Manuel Pérez Jofre,* Vicepresidente de Izquierda Republicana en México, Ateneo Salmerón. He aquí las elocuentes y emotivas palabras que pronunció:

Señor Embajador, señoras y señores, a los republicanos españoles se nos achaca frecuentemente el defecto de que no somos patriotas, de que colocamos por encima del interés supremo de la patria el interés de una forma de gobierno, que es la República. Y como ese ataque es una de las injusticias más notorias, bueno será y hasta resultará aleccionador que hagamos algunas observaciones sobre la identificación de la República española con España misma.

España vive un drama terrible. Es el drama de un país atormentado por un recuerdo lleno de gloria, que desea vivir, no del placer melancólico y triste de este recuerdo, sino plasmar su ser vivo, tal como ha sido forjado en el curso de los siglos, pero adaptándolo a la vida moderna para formar una democracia joven y fuerte.

Azaña, cuando trata de derribar la Monarquía, habla con altura y serenidad augustas de este problema, y en la alocución que dirige a los concurrentes al banquete republicano del 11 de febrero de 1930, dice: "La Monarquía, o gobierna sin libertades, en contra de las libertades, despóticamente, o si restablece la libertad da paso a la revolución".

Azaña llega a la Presidencia del Consejo de Ministros. Gobierna a España. Las fuerzas eternas que se oponen a todo progreso y a toda evolución, concentran en él todos sus odios. Y esos que se llaman patriotas y son sólo pobres patrioteros, que nos condenan a los republicanos por haber cometido el horrendo delito de haber incorporado a la bandera española el glorioso pendón morado de Castilla, dicen de Azaña que es antiespañol. ¡Antiespañol siendo tan patriota!

Reacciona contra tal insidia; tiene, naturalmente, que contestar. Y en el memorable discurso que pronuncia en la Asamblea de Acción Republicana, el 28 de marzo de 1932,

define en forma magistral e insuperable lo que es la tradición. Vamos a escuchar algunas de sus palabras:

"La República, para mí, es actualmente en España la forma estricta de la vida nacional y a las gentes desalumbradas que en su furor polémico han llegado hasta a decir que yo he dejado de ser español, yo les preguntaría qué saben ellos de España y de los españoles. Me argumentan diciendo que la política que yo represento es una política antiespañola y antitradicional. Se sorprenderían algunos si dijese rotundamente que soy el español más tradicionalista que hay en la Península.

Y después de haber seguido la trayectoria de Azaña en el punto concreto que acabo de expresar, nos preguntamos los republicanos españoles, nos lo preguntamos muy quedo, dirigiéndonos a nuestra propia conciencia, que no nos puede engañar: ¿Qué vamos a hacer? Yo pensaba hace unos instantes que antes de contestarnos esta pregunta sería bueno recordar, evocando alguno de los hechos más sobresalientes de la historia de España, que el pueblo español es capaz de las reacciones más sublimes e insospechadas. Y venía a mi memoria aquel momento de la vida española en que el feudalismo se levanta contra los reyes. Ocupa el trono Enrique IV de Castilla a quien llaman "El Impotente". Está casado con doña Juana de Portugal y han tenido una hija a la que llaman "Juana la Beltraneja". Los señores feudales no quieren reconocer la Monarquía simbolizada en aquella heredera; quieren continuar con todo su poder. Y se llega al convenio de los Toros de Guisando, en el que, para desconocer la herencia de la hija del matrimonio de don Enrique y doña Juana, emplean aquella frase trágica para la madre, diciendo de doña Juana "que de un año a esta parte no ha usado limpiamente de su cuerpo". Sigue un período en el que parece que se resquebraja todo lo que representaba la unidad de España bajo la Monarquía, y entonces el pueblo español se engrandece y ofrece al mundo entero la gloria del Descubrimiento y el pensamiento español se extiende por el orbe.

¿Por qué vamos a ser pesimistas? ¿Por qué nuestro corazón no se va a llenar de fe? ¿Por qué no esperar que una ación salvadora del pueblo español pueda restaurar la República único régimen que puede gobernar a España?

Y el señor Pérez Jofre pone término a su discurso con estas palabras:

Los republicanos debemos formularnos también esta pregunta: ¿Qué nos aconsejaría, que nos diría don Manuel Azaña? Su voz, su voz física, la voz temporal, se ha extinguido para siempre. Pero la voz potente de su inteligencia poderosa, se escucha todavía y nos envía su mensaje, que nos habla —yo estoy seguro— de esperanza en España y en la República, y nos dice también que esa paz, esa piedad y ese perdón que él quería otorgar son la paz, la piedad y el perdón que tienen que conceder los republicanos, hoy oprimidos en la patria y dispersos por el mundo entero, sin contactos de gobierno con aquellas fuerzas que se levantaron contra la República, que han convertido a España en montón de cenizas y que hicieron que él, tan gran español, muriera de dolor con el corazón despedazado. (APLAUSOS FERVOROSOS Y PROLONGADOS).

DON MARIANO RUIZ-FUNES

Interviene después el ex-Ministro de la República y presidente del Grupo parlamentario de Izquierda Republicana, don Mariano Ruiz-Funes, a quien la concurrencia tributa muchos aplausos.

Un español, celoso de su libertad personal y de la dignidad de su patria, sufre en estas malas horas del mundo, tantas y tan continuas agresiones, que sólo puede defenderse de ellas con la irritación o con el sarcasmo. Decidido yo a decir en este homenaje que, por la excelsa calidad de la persona cuyo recuerdo conmemoramos, es un panegírico, unas palabras serenas y suaves, he pretendido sustraerme a la improvisación.

Sé que hay muchas Españas, de diferentes calidades, entre ellas la de Azaña, anteriores a Recaredo, grande en su diversidad, respetuosa de las libertades de la persona humana, tolerante con todas las creencias, con un Estado que sirve al bien público con lucidez, celosa de los fueros de la inteligencia, con la espada para defender su integridad y su decoro, con la fe para responder a las preguntas angustiosas de las almas atribuladas. Esa España, que hace los hombres, pero que los gasta, que —como ha dicho Alfonso Reyes— tiene siempre el nombre de una esperanza humana, ha estado como subyacente, esperando el momento de aflorar la superficie de la vida nacional, de alzarse y de mandar, como los galeotes de Cervantes, durante muchas anécdotas de su historia. Poco ha importado, en el fluír del tiempo, la duración de esos lapsos.

Azaña creyó en España y en la grandeza de su propia obra y comenzó a realizarla con inteligencia y con fe, con la convicción íntima del hombre que tenía de su patria el ascetismo, con el entusiasmo de un alma patética, reprimida por el decoro. Aspiraba a crear para todos los españoles, los llamó a la concordia con voz de autoridad, velada por la emoción; no quería presidir una guerar civil y cuando su corazón de español iba a romperse clamaba, como un mandato póstumo, por la piedad, por el perdón y por la paz.

Nunca un hombre de sus excepcionales calidades fué más combatido. Las agresiones con que se le flageló tenazmente eran un homenaje. En las almas malvadas o en los espíritus cegados por el fanatismo anida la hipocresía, el tributo de admiración inconsciente que el vicio rinde a la virtud, recordando el pensamiento de un moralista francés. La grandeza de Azaña no se mide sólo por la elevación poderosa de su pensamiento; se puede demostrar también por el ensañamiento de sus agresores.

Un Borbón, precursor de los activos y de los en potencia, quemó durante su dorada prisión en el castilol de Valencay las obras de Voltaire, amenazando con incendiar el bello edificio en qué quedaron las huellas del genio del arquitecto Delorme. Es un símbolo. ¡Cuántos hombres superiores ejecutados en efigie, en efigie y en persona, por la que lamó Valle Inclán "barbarie ibérica". Azaña señaló esta inclinación atávica de ciertos españoles por el culto del fuego, homenaje a un dios primitivo, cruel y, por lo tanto, estéril, y hubo de clamar: ¡el español ama el fuego; lo mismo quema santos que herejes! Son ciertos españoles que a veces se encuentran con el poder en las manos y lo convierten en látigo o en cadalso. Para esa dura anécdota de la historia nacional a Azaña le sobraba todo y le faltaba todo. Prefirió morirse. "Para mí lo vital en España, en el orden moral, es el pueblo. España es un país que desde el siglo XVI no ha logrado formar una clase directora... Las virtudes del pueblo se han conservado intactas".

"La fibra más delicada del pueblo español en conjunto reside en la sensibilidad para apreciar la pulcritud de la conducta; y que antes perdona el pueblo español a un incompetente, a un inepto, a un criminal reconocido, que a un hombre sucio en la conducta". Conceptos actuales de la gran conferencia de Azaña "Grandezas y miserias de la política". Es la hora de las miserias; pero el pueblo que el gran español conoció tan bien, el acosado y el corrompido, los héroes de cada momento y los pícaros en el poder y en el mando, le recuerdan. Unos le brindan su valor y contienen sus lágrimas, porque allí no se llora a nadie. Otros lanzan co ntimidez sus denuestos. Continúa la dualidad del homenaje.

Azaña luchó por todos y murió por todos, es decir, por una España liberada de todas las tiranías, las políticas y las morales. Si ello fué un ensueño, hagamos al ensueño, la justicia de su grandeza. "¡Oh insensato que crees que yo no soy tú mismo!" —decía un día Víctor Hugo a los hombres pervertidos o brutales de la ciudad doliente, en el afán de ofrecerles un ejemplo para que se liberaran, ¡si es que era tiempo!, de la penosa esclavitud de las furias.

De Azaña aprendimos sus discípulos, entre otras puras enseñanzas, a liberar a los hombres de sus cadenas. Pero, como dice un personaje del diólogo de Voltaire sobre la tolerancia, hay quienes las levan a gusto y por ello merecen llevarlas. (*El señor RUIZ FUNES escuchó cálidos aplausos al terminar su brillante intervención*).

DON JOSE GIRAL

El ex-Jefe del Gobierno y Presidente del Ateneo Salmerón, don José Giral, acogido con grandes aplausos al dirigirse a la tribuna, pronunció las siguientes palabras de homenaje a don Manuel Azaña.

Señor Embajador, señoras y señores: Agradezco la presencia de todos en este acto, organizado por Izquierda Republicana, Ateneo Salmerón, de cuya directiva me cabe el honor de ser presidente. En nombre de ella mis más rendidas gracias, especialmente a los oradores que ya han intervenido y que van a intervenir.

Deseo señalar especialmente que en este acto de recuerdo a nuestro grande y querido don Manuel Azaña, se encuentra presente, quizás por primera vez, su familia y entre ella don Cipriano Rivas Cherif, que va a hablaros esta noche, que tan íntimamente conoció a don Manuel Azaña y que tanto ha sufrido por él y por la República en España.

Quiero también excusar la no presencia del ilustre académico mexicano don Antonio Castro Leal. Nos había prometido su colaboración, pero motivos inaplazables, tareas inmediatas nos han privado del honor de tenerle entre nosotros.

Quienes me conocen saben cuál fué la admiración, el cariño y el respeto que yo tenía a don Manuel Azaña; no les extrañará, pues, que cuando evoco su peronalidad y pronuncio su nombre, sienta una emoción tan intensa que la palabra no me acompañe para expresar lo que siento, y que, aunque brevemente, tenga que acogerme a lo que en otras ocasiones y en actos idénticos manifesté para ensalzar la figura ingente del gran español.

He conocido, y muchas veces íntimamente, a varios españoles excelsos. Ninguno ha ejercido sobre mí la influencia del Sr. Azaña. A la veneración por el literato se une la admiración por el orador, y al respeto el político se asocia la idolatría por el gran español. Me cabe la responsabilidad, y siento la satisfacción, de haber contribuido muy eficazmente a la incorporación de nuestro querido don Manuel a la vida política republicana.

Robusto de cuerpo y de alma, Azaña era ante todo y por todo, un gran español. Como no lo ha habido en todo el siglo que corremos. Gran señor y castellano cabal. Austero y adusto, parecía en él orgullo lo que era simplemente dignidad, propia estimación, repugnancia por lo mediocre o lo frívolo. Frío de apariencia, era profundamente cordial y emotivo. Noble de carácter y fino de espíritu, demostró siempre su profunda lealtad en el trato con las ideas y con los hombres.

Existía siempre en él un sólido equilibrio entre la razón y el sentimiento. Decía todo lo que sentía, sin reserva mental alguna, y expresaba con elocuencia original todo cuanto pensaba. Su razonamiento lógico y claro, no primaba sobre la razón y siempre se destacaba ese buen sentido que daba a sus juicios el valor de la sentencia incontrovertible; ese sentido común de castellano neto que cortaba toda discusión y rendía al adversario ante la polémica formidable de don Manuel Azaña. Agudo y pronto en la réplica, lapidario en muchas de sus frases, irónico a veces en el ataque, amargo y rudo en otras, tal cual vez algo sofista, jamás fué vencido en las lides orales o escritas, en que se exponían ideas o se debatían doctrinas. No era, ni con mucho, un retórico ni un lírico, pero tampoco era razonador frío y calculista, de pensamiento abstracto. Su oratoria flúida, su palabra limpia y tersa se expresaba siempre en un castellano impecable y clásico, sin alardes de acción, sin grandes inflexiones de voz, sin arranques histriónicos, pero con una claridad de concepto, con una llaneza de expresión, con una dignidad y con una emoción que subyugaba al auditorio, sujeto a su palabra y extasiado con su discurso. Singular orador, arquetipo de español fino y culto, sutil y macizo, que arrastraba a las masas a las que se dirigía, en olas de entusiasmo y de efusión, sin recurrir jamás a los artificios tan usados por los políticos de todas las latitudes.

Azaña tenía una enorme formación cultural y una memoria felicísima. Replicando una vez en las Cortes españolas a la imputación que se le hacía de improvisar sus discursos, exclamó que él no improvisaba nunca; y era cierto, porque la inspiración (así lo definía él) era el producto de la experiencia y de la reflexión, las cuales, acumuladas, hacen saltar la chispa luminosa que guía la acción política y conduce al acierto y al éxito nacional.

Sentía, como muy pocos, el anhelo irrefrenable, el ánsia infinita de crear, de plasmar en realidades los frutos de su inspiración o de su inteligencia; frutos que, como todos, llevan dentro la semilla que engendra nuevas creaciones. Y sentía también el goce inefable de contemplarse en la obra creada, o de recrearse, de darse con ello satisfacción al espíritu. Pero no quedaba su acción en esto, que era buscar la Belleza o la Verdad, sino que siempre hacía seguir la realización a la creación. El político debe estar poseso por la idea hasta el fanatismo, y por la confianza en el esfuerzo hasta la jovialidad y el optimistmo —decía el propio Azaña. Nunca se encontraba plenamente satisfecho hasta que la idea no se concretaba en realidad tangible y viva. Huía de la utopía, que es teoría sin práctica, tanto como del empirismo, que es práctica sin teoría. En España hubo siempre políticos utópicos y políticos empíricos, pero Azaña supo colocarse en el justo medio y acertó a encauzar la política española por derroteros sólidos y eficaces, con elevación de miras, con nobleza sin par, con tolerancia suprema, con señoría indiscutible, con elegancia inigualada.

Este su gran talento, esta su gran fuerza de voluntad, este su gran carácter forjado en el trabajo continuo y en la meditación profunda, esta su confianza en sí mismo, le señalan como un estadista ingente. Por eso tuvo tan enconados enemigos entre las gentes conservadoras y reaccionarias de España. Los acontecimientos adversos que vió y vivió le hicieron padecer como a nadie, sobre todo, desde el elevado puesto que ocupó en la República española. Tenía que sentir el agudo dolor de una España ensangrentada y en ruinas para cuya regeneración se consideraba impotente en la última etapa de su vida. Quiso, pero no pudo, evitar calamidades. Sus sufrimientos morales, intensos y continuos, acabaron por cortarle la vida.

Murió de pena el gran español.

Un aniversario es una conmemoración, es decir, un recuerdo. Y un recuerdo debe ser un ejemplo y una enseñanza. Que sepamos seguir, y hasta imitar aquél; y que aprovechemos ésta. (Una gran ovación pone fin a las palabras del Sr. Giral).

DON LUIS NICOLAU D'OLWER

El Excmo. señor Embajador de España, don Luis Nicolau D'Olwer pone fin a los discursos de homenaje con la lectura de estas bellas y emotivas cuartillas:

Los ocho años transcurridos desde que, a la luz baja y cenizosa del noviembre europeo, se extinguió en Montauban la vida de Manuel Azaña, no han menguado su recuerdo. Siguen los adversarios en sus diatribas cerriles; persistimos los republicanos en nuestra admiración y en el cariñoso respeto a su memoria. Aquí nos congregamos para atestiguarlo una vez más.

Quien estudie la recia personalidad de Azaña más con ánimo de ensayista que de biógrafo, al ilustrar su vida trazará también los perfiles de una gran familia espiritual, la que él típicamente encarna.

Si cupiera definir a Azaña resaltando en frase concisa su sello característico, diría de él que era esencialmente un hombre de letras. Conocedor de su lengua y dueño de su estilo como pocos, el autor de "El Jardín de los Frailes" ocupa lugar señero en la literatura contemporánea. Castizo sin rebusco, pictórico en sus descripciones, creador de personajes, tajante en sus juicios, meditador profundo, Manuel Azaña en un país de vida normal hubiera sido tanto como esto y sólo esto: un gran escritor.

Pero la vida de España era —continúa siendo— todo lo contrario de la vida de un país normal. El dolor de Angel Gavinet, la crítica de Joaquín Costa, la vehemencia de Maragall subrayaban la anormalidad española en los años en que el espíritu juvenil de Azaña hubo de sentir no sólo el desplome de aquel patriotismo tradicional que hacía prototipo de España a la monarquía católica del siglo XVI, sino algo más hondo todavía, el choque del orgullo con la derrota. Hace media centuria, "la pasión nacional, encandilada por muchos cebos, quería encabritarse y alzaba la cerviz soberbia: puro goce de dar suelta al orgullo y henchir con su viento el énfasis, la hipérbole y otras capacidades donde asiste el desenfreno". El joven universitario que en abril de 1898 contempló como la nación creía empeñarse en hechos memorables —conquista de la Florida, saqueo de Nueva York, limpieza del Océano espumando naves— pocas semanas después, leía estupefacto las derrotas de Cavite y de Santiago.

Sensible al ambiente que lo rodeaba, Manuel Azaña ni se recluyó en el narcisismo ni se contentó con volatilizar en literatura su propia crisis. Andando el tiempo, por un imperativo interior, desdoblóse el hombre de letras en hombre de letras en hombre de acción, porque momentos hay en que las ocupaciones cómodas y confortables, gratas a nuestro temperamento y para las cuales nos sabemos mejor preparados, se nos antojan deserción de nuestro deber cívico. Algunos llaman a ello "ceder a la popularidad" como si para un escritor, un artista o un hombre de estudio, la popularidad, veleidosa siempre, valiera algo ante la propia exigencia, o pudiera compararse al placer de la obra realizada.

Error nuestro, de los republicanos, fué, tal vez, arrancar a Manuel Azaña de la cabecera del banco azul, para llevarlo, en votación apoteósica a la presidencia de la República. Azaña merecía —¿quién lo regatea?— los honores presidenciales; pero la República necesitaba de Azaña, y según nuestra Constitución, netamente parlamentaria, la suprema magistratura es como bandera en el mástil, mientras el jefe del Gobierno empuña la rueda del timón. En el timón de nuestra República estaba el puesto de Azaña: allí debíamos haberlo amarrado, como a Ulisses amarraron sus compañeros, antes de afrontar los peligrosos escollos.

El escritor que en Manuel Azaña había cedido el paso al político, seguía sin embargo alerta, y osó la difícil prueba de contemplar la tragedia del momento con perspectiva histórica. Ni gritos, ni lamentasiones ni improperios: amargura, porque España se desangre; dolor porque la libertad agoniza; desesperanza, porque el drama español se vislumbra más duradero y más profundo que la atroz peripecia de la guerra.

El escritor sobrevivió al político. Por ambos se visten de luto España y la República. (Grandes aplausos).

Como final del acto fueron leídas unas interesantísimas cuartillas de D. Cipriano Rivas Cherif, que tan unido estuvo durante muchos años a don Manuel Azaña. En ellas se copían algunas notas de las memorias que escribió nuestro inolvidable Presidente y su conocimiento ha de causar emoción en cuantos las conozcan.

Por ser extenso el trabajo del señor Rivas Cherif y no disponer de espacio en este número dejamos su publicación para el próximo, en el que íntegramente ofreceremos a nuestros correligionarios su lectura.

IZQUIERDA REPUBLICANA

Registrado como artículo de segunda clase en la Administración Central de Correos de México, D. F., el 19 de abril de 1948.

Director:
D. RAMON RUIZ REBOLLO
Redactor Jefe:
D. CLEMENTE CRUZADO
Redacción y Administración:
Tacuba, 15 altos. México, D. F.
PUBLICACION MENSUAL
Ejemplar: 25 centavos

EDITORIAL

UNA INTERNACIONAL REPUBLICANA

CUANDO todos los hombres liberales del mundo, fuertemente enlazados, por sus ideas, lleguen definitivamente a la conclusión de que es preciso formar, como muy bien ha apuntado nuestro ilustre correligionario don Alvaro de Albornoz, la internacional republicana, sin más finalidad que conservar la democracia, y defenderla, se habrá dado un paso trascendental en la vida política de los pueblos.

Europa, muy principalmente, podría salvarse del caos en que se está debatiendo, y no sería ningún peligro para la paz del mundo cualquier idea por exótica que fuere. Mientras no se llegue a ese entendimiento, en tanto anden diseminados y sin control todos los republicanos, desamparados y sin defensa, ni de dentro ni de fuera, las democracias, la libertad, la paz y el progreso serán una hermosa ilusión, pero nada más.

Hay que recordar, aunque con nostalgia, que los pueblos del viejo continente vivieron etapas de paz y bienestar, cuando en aquel suelo brillaba la democracia. Por no tener los demócratas una disciplina y una alineación más firme se fueron perdiendo aquellos pueblos que eran espejo del mundo. Como se está perdiendo en América, en donde la democracia se implantó con hombres que eran, y muchos todavía son, cumbres del pensamiento liberal y luchadores nobles de esta idea. La diseminación y la falta de sentido unitario son causas fatales que nos conducen al aislamiento y a la inferioridad, frente a enemigos infinitamente más pequeños, pero de cuadros más cerrados que presenta frentes más compactos. Estos mismos enemigos se quedarían asombrados al contemplar la enorme cifra de republicanos que somos en el mundo. Nos quedamos cortos si aseguramos que la población mundial republicana pasa del ochenta por ciento. Como fuerza arrolladora no sería posible que nadie se enfrentara con ella. Como ideal, lo más puro, lo más perfecto y lo más humano lo lleva en sus postulados. Y no tiene más que un principio. que es también su fin: la paz. La democracia ni es perturbadora ni guerrera, es progresiva, soñadora y alegre.

Son muchos y poderosos los factores que se interponen en este camino, que los hombres liberales deseamos recorrer unidos y con un solo pensamiento. Precisamente porque las fuerzas contrarias conocen nuestro poder es por lo que opondrán siempre los mayores obstáculos a una organización mundial republicana, liberal y demócrata. No obstante esta consigna, nosotros, teriamente amenazados siempre, pero ahora más que nunca, hemos de emprender por todos los caminos la obra eficaz de nuestra unión internacional. Si desde hace años hubiera existido se habrían evitado fácilmente, es decir, no se hubieran producido, luchas como las de Abisinia, España y China, y ni siquiera se habrían intentado los fascismos, los nazismos y los falangismos, y el mundo viviría hoy en paz. Tampoco en América existirían régimenes como el argentino, el dominicano, el peruano y el boliviano. Venezuela no se encontraría sobre las bayonetas mercenarias, y no se tendría el temor de nuevas revueltas.

Mucha importancia, en nuestra manera de ver las cosas, ha tenido la cordialidad del Congreso del Partido Radical Socialista francés, celebrado recientemente en París en una de cuyas sesiones los republicanos franceses se unieron emocionados a los republicanos españoles que se hallaban en el recinto. A las cariñosas palabras pronunciadas por el ilustre Presidente de la Asamblea Nacional de Francia, Mr. Eduardo Herriot, dió calurosa contestación el Jefe del Gobierno español don Alvaro de Albornoz, y suyas son estas palabras pronunciadas en aquel acto:

"Todos nosotros representamos lo que vosotros representáis: la democracia republicana que comprende todas las democracias; la democracia política, la democracia económica y la democracia social; la libertad republicana, es decir, toda la libertad: la libertad política, la libertad económica, la libertad de pensamiento y de palabra, la libertad de la Religión y de la Ciencia, en suma, la libertad del espíritu sin la que no puede concebirse la libertad humana. La República republicana, la República de todos los republicanos, de izquierda, de centro y de derecha, de todos cuantos desean vivir bajo el lema de vuestra inmortalidad Revolución: Libertad, Igualdad, Fraternidad.

Es preciso el contacto entre todos los republicanos. Hay una Internacional Comunista, hay una Internacional Socialista; hace falta una Internacional Republicana; la Internacional de los que, ante todo y por encima de todo, son demócratas y liberales, con el corazón y el espíritu abiertos a todas las reformas, a todos los progresos, a todos los avances, pero siempre emprendidos por los procedimientos de la democracia y el instrumento de la ley."

LETRAS DE LUTO

DON JOSE GANCEDO GONZALEZ

Nuevamente tenemos que llorar la muerte, lejos de la patria, de otro de los nuestros, del querido correligionario don José Gancedo González, que falleció en México el pasado mes de noviembre, con la esperanza, en él truncada y que a todos nos anima, de recuperar España para la República.

Don José Gancedo González fué un destacado funcionario de Aduanas y se distinguió toda su vida por su fervor republicano, al que fué fiel hasta su muerte.

Reciban sus familiares la expresión sentida de nuestra condolencia.

FALLECIO EN SETE LA ESPOSA DE DON JOSE MARIA LUCAS PARRA

Nuestro gran amigo y personalidad destacada del Partido, don José María Lucas Parra, sufre el inmenso dolor del fallecimiento de su esposa, ocurrido recientemente en Séte (Francia), donde residía el matrimonio desde hace algún tiempo.

En México, donde cuenta con tantos amigos el estimado correligionario, se ha sentido profundamente la triste noticia. Nos asociamos, conmovidos, a su dolor.

SAGITARIO

Por Mario AGUILAR

ESTE, EL ULTIMO "SAGITARIO". — Unos se alegrarán y lo lamentarán otros. Podría llevar el título enfático, de "Los adioses de Montpellier". Adiós, señor Prieto, adiós don Trifón, adiós gallináceos, adiós don Juan, antípoda de Guzmán el Bueno, adiós mister Bevin, adiós alegre y desconocida tropelia de los monárquicos que no saben firmar... Pero mis lectores no son, como en los adioses de Fontainebleau, mariscales del Imperio, ni yo Napoleón, afortunadamente.

Dejemos los adioses estirados. Yo me voy, para rendir un tributo a la concordia y así Gasset que seguirá siendo mi grande, mi cordialísimo amigo, no podrá enojarse. El "Sagitario", dado mi republicanismo agresivo, estaría siempre en discordia con el resto del periódico, ¿y cómo podría éste predicar la concordia, si todas las semanas estallarían en él, y por mi iniciativa y culpa, unas inevitables hostilidades? Cada "Sagitario" aportaría, así, a la dirección, cada siete días, un sobresalto y a los lectores presentes, un enojo. La concordia, para ser eficaz, debe de empezar por ser practicada con el ejemplo ¿y qué ejemplo íbamos a dar, mirándose, constantemente, como "chiens de falence", como perro y gato, mi sección y la primera plana del periódico, en su rúbrica informativa? O bien tendría que revolverse mi sección, contra la vecindad de cartas como la que llena de burdos sofismas, se ha publicado en el número anterior, debida a un supuesto monárquico, que tampoco firma, contaminado, sin duda, de la epidemia de anonimitis que por lo visto, están sufriendo los monárquicos concordatorios. El director, los lectores y yo, sufriríamos con estas mezcolanzas y la artificial convivencia, no serviría más que para irritación y descontento, o para que me señalaran como un pájaro raro y solitario, con plumage tricolor, metido en la jaula del "Sagitario".

Así evito que bajo el signo de la Concordia, substituto del de la República, estallen disputas o se contribuya a que se produzcan. Nunca he pasado por la plaza de la Concordia, de París, sin pensar en que allí se alzó la guillotina, y en que el 6 de febrero de 1934, ardía en ella el Ministerio de Marina, incendiado por los pelotones fascistas, que por el puente, también de la Concordia, iban al asalto del parlamento. ¿Qué quiere usted amigo Gasset? En cuanto se habla de concordia se riñe y esto, desde los tiempos del cristianismo que nos trajo el amaos los unos a los otros. Ya empezó el emperador Constantino, el Martínez Campos del cristianismo, siendo parricida, y el mismo Dios de la Caridad y de la Misericordia, nodrizas de la Concordia, en vez de perdonar a los pecadores, con su amor infinito, como ustedes quieren que perdonemos a los monárquicos y a los franquistas —¡las responsabilidades no pueden ser aplicadas!— los tiene convenientemente distribuidos en el Purgatorio, en el Infierno y aun en el Limbo, que es a donde irán a parar muchos de nuestros concordialófilos.

Ya ve usted, amigo Gasset, que esto, para ser despedida, no toma aires patéticos, ni se oyen desgarros de vestiduras. Hagamos de una escisión, un divorcio por mutuo acuerdo. Si fuera periodista exclusivamente profesional, como lo he sido durante muchos años, tal vez hubiera podido resignarme a la mutilación de nuestro título, pero ahora, soy un periodista fanáticamente republicano, inquebrantablemente legitimista republicano, alistado en el recuerdo llameante de nuestros muertos y de nuestro derecho, y no puedo dedicarme a matizar, haciendo ejercicios de mimetismo. Usted cree en eso tan divertido de la concordia y del pacto, por ahora pacto metafísico, y siendo esa su creencia, procede usted con arreglo a ella, arriando del título el antiguo adjetivo glorioso. Eso es una cosa regular, lógica, incluso gallarda, como la es regular y lógica mi despedida. Los deshonestos son los otros, los que diciéndose republicanos actúan en monárquicos y los que deseando el arrumbamiento de las instituciones republicanas, se instalan en ellas para gozar los honores de las viejas actas o de los evaporados cargos, aceptando frenéticamente, los honorarios de una república que no sienten ni desean, siendo como sacerdotes que para la conservación de utilidades y dignidades, dicen misas en altares en los que no creen. Usted no juzga viable la República y quita el letrero que la anunciaba. Yo, mantengo mi fe en la República, desdeñando la reconciliación con sus enemigos, y me echo a un lado. Entre usted y yo, entre las dos decididas sinceridades, están los otros, los Tártufos de la República, bailando en la cuerda floja. En un artículo emocionante, publicado en "Combat", Alberto Camus, les dice a los franceses que han olvidado la pasión y muerte de la España republicana: "¡Habéis perdido la memoria!" Nosotros, no hemos perdido la memoria, ni las ideas que nos aguantaron en la guerra, ni los sentimientos que llenan el crepúsculo de nuestra vida. Por eso no podemos sentir la concordia, ni aceptamos el armatoste táctico de la concordia y nos volvemos al rincón de nuestras soledades.

Mi querido ex-director: yo le ruego que no ponga ninguna nota a ese "Sagitario" postrero. Mi partida era inevitable y sólo ha sufrido retraso por haberlo producido mi temor a que le fuera enojosa. He resuelto que al amigo se le debe todo, la mesa, la casa, la abnegación en el apuro, el aliento eficaz en el infortunio, pero no la aportación espiritual en cosas que siendo sagradas, nada tienen que ver con la amistad por serles ajena. Usted, tan inteligente, comprenderá mi decisión de rehuir pasar —perdóneme la frase cursi— por las horcas caudinas de la concordia, después de tres años de intransigencia republicana, teniendo siempre tendido el arco contra republicanos deshuesados, franquistas sangrientos, gallináceos, monárquicos encubiertos y monárquicos nostálgicos de honores y prebendas, no de libertades constitucionales.

PRUEBAS, PRUEBAS

EL SOCIALISTA de París, y ADELANTE de México después, publicaron el cable que medio centenar escaso de afiliados a Izquierda Republicana enviaron al Consejo Delegado del Partido en Francia, "mostrando su conformidad con los términos del pacto ultimado entre socialistas y monárquicos y reclamando una acción acorde con los fines preseguidos".

No son muchos ciertamente los discrepantes de la línea política que tiene trazada el partido a que pertenecen, aun cuando ADELANTE con la piadosa intención que es de suponer, añade, que "está absolutamente seguro —y que le gustaría se hiciera la prueba— de que una gran parte de los afiliados a esas organizaciones está muy lejos de compartir el criterio de sus representantes". Está bien la invitación a la prueba. Puede insistir ADELANTE en estos estímulos cerca de sus amigos republicanos coincidentes con él ya más que famoso pacto, y es posible que su influencia logre que aquellos correligionarios contumaces en la discrepancia, se decidan por demandar el procedimiento que corresponde a una democracia organizada cuando se desea variar el rumbo que los dirigentes de un Partido señalan a sus militantes; las asambleas correspondientes. En ellas, y sin limitación de los derechos que se asignan a todos y cada uno de los afiliados, podría tratarse el tema. Y tenga seguro ADELANTE, que la opinión mayoritaria merecería las consideraciones y los respetos obligados.

Preferible ello siempre, a la acción que se sitúa al margen de los deberes reglamentarios, por mucha que sea la "notoria y relevante personalidad" de quienes inspiran estos procedimientos. Quedaría así llevada a cabo perfectamente, la prueba por la que propugna esperanzado ADELANTE. Y no creemos equivocarnos —los síntomas son fatales— al asegurar al distinguido colega, que serían muchos menos los discrepantes de Izquierda Republicana favorables al Pacto que los socialistas adversarios del mismo. Esta segunda prueba si que podría ser también interesante. Pero nosotros no la estimulamos, por respeto a la vida interna de un Partido afín.

REGRESO DE FRANCIA EL DOCTOR DON JESUS DE MIGUEL

Nuestro querido amigo e ilustre correligionario, doctor don Jesús de Miguel ha regresado de un largo viaje por Francia, Italia y Suiza.

El doctor De Miguel, cuyo principal motivo de su viaje fué el estudio de los modernos métodos pediátricos en los principales pueblos de Europa, conoció en Francia el problema español y convivió con la emigración republicana. Las impresiones veraces de este viaje y sus observaciones serán publicadas por IZQUIERDA REPUBLICANA en el próximo número.

Con nuestra cordial bienvenida, saludamos a nuestro querido amigo con el cariño y el respeto que él se merece.